
CONSEJO DE REDACCIÓN

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezal, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezal

Director adjunto: P. Dr. Lucio Florio

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

	3	La Providencia
<i>Jorge M. Blunda</i>	5	La Providencia en las Sagradas Escrituras
<i>Olivier Boulnois</i>	20	Nuestro concepto de Dios y de la Providencia
<i>Mons. Peter Henrici</i>	31	La Providencia de Dios en nuestra vida
<i>Clara Gorostiaga</i>	42	Providencia y vocación
<i>Luis M. Baliña</i>	48	Los pobres, testigos de la Providencia
<i>Ma. Luisa Malbrán</i>	54	La Providencia del más pequeño
<i>Federico Peltzer</i>	71	Algunas manifestaciones de la Providencia en la literatura española
<i>Guy Bedouelle</i>	82	Cine y Providencia: Tarkovski, Subiela y Kieslowski

Providencia y vocación

Clara Gorostiaga*

*Cuando encontraba palabras tuyas las devoraba.
Tus palabras eran el gozo y la alegría de mi corazón
porque tu nombre fue pronunciado sobre mí*

Jeremías 15, 16

Vocare: llamar; ¡Ojalá mi pueblo escuchara mi voz!¹ La reiteración de imágenes acústicas parece sobresalir en lo que hace a la inteligencia de este tema: el lugar que Dios nos tiene destinado en su Evangelio. *El Señor me ha dado un oído atento*². Hay que escuchar los llamados que provienen desde donde la Buena Noticia está presente: *El Reino de Dios está en vosotros y/o entre vosotros*³ según las traducciones. En el propio corazón con sus anhelos y afectos. En nuestras capacidades e intereses para abordar el mundo.

Ser nosotros mismos es la base de la alegría, la base de la relación con los otros. “Yo soy” y esa certeza, tantas veces acallada y escondida, esa experiencia, es certeza de otros “yo soy”, que comparten con nosotros la existencia. Sólo en los otros encuentro a mis compañeros de un espejo roto, mis partes faltantes. Como muñecos cortados en una tira de papel, nacemos solidarios. No hay “yo” sin “tú”. Es el mayor exponente de la presencia del Señor entre nosotros: el hermano.

El profeta Elías⁴, en la puerta de la cueva, espera la voz. Pero Yavé no estaba ni en el huracán ni en el terremoto ni en el fuego. Cuando siente la brisa suave se tapa el rostro: Dios le indicará el camino.

* Profesora de Letras y Lenguas Clásicas, miembro del Consejo de redacción de la revista.

¹ Cf. Sal. 80.

² Is. 51,5.

³ Lc 17, 20-21.

⁴ Cf. 1Re 19, 9-18.

La voz del Señor en el hermano es sutil e implica silencio y reverencia de nuestra parte. Cuando nos hemos aceptado a nosotros mismos como hijos amadísimos del Padre, el corazón está en paz y sopla la brisa suave que nos revela la voluntad de Dios marcada por nuestra naturaleza. Ella le señala el cauce más apto para volcar sus afluentes. El corazón encauzado se silencia y es capaz de tomar conciencia de la presencia del hermano.

A través de los estadios de la vida nos interpela el Señor y nos envía a sanar los corazones destrozados, a curar las heridas⁵. *Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, expulsad demonios. Gratis lo habéis recibido, dadlo gratis*⁶.

El *Buen Samaritano*⁷, Jesús que camina a través de nuestros pasos, se detiene ante el herido con la libertad que da la atención puesta en el otro. Puedo ser *Buena Noticia* para el hermano si él lo es primero para mí. Su pedido de auxilio es posibilidad concreta de redención para ambos.

¡*Habla, Señor!*⁸ Habla Dios en los signos de los tiempos, en lo pequeño y rutinario de cada día, en la voz penetrante del Espíritu⁹ que lo llama ¡Abba! desde nuestra interioridad incapaz de clamar por sí misma y le pide por nosotros: *¡que tu siervo escuche!*¹⁰

La voz del Señor presente en todas las cosas es consecuencia de su Amor *que todo lo inunda*. Y su voz nos invita a cada instante a entrar en su *reino eterno y universal: el reino de la verdad y la vida, el reino de la santidad y la gracia, el reino de la justicia, el amor y la paz*¹¹.

Como la lava del volcán, como el río en crecida, como las corrientes oceánicas, el Amor de Dios fluye como Providencia en el acontecer de la historia, historia que es la del Reino, la única, y que abarca lo ínfimo del segundo, cada corazón humano, el devenir del Universo entero.

*Si quieres ser perfecto...*¹²; podemos sumergirnos en el torrente de la caridad y ser y estar donde el Señor quiere que seamos y estemos para fructificar como Providencia.

⁵ Cf. Is 61, 1-3.

⁶ Mt 10,8.

⁷ Cf. 10,25-37.

⁸ 1 Sam 3,10.

⁹ Cf. Ga 4,6.

¹⁰ Cf. 1 Sam 3,10.

¹¹ Prefacio de la Misa de Jesucristo Rey del Universo.

¹² Mt 19,21.

*Atráeme, corremos tras el aroma de tus perfumes*¹³; por la percepción de tu presencia porque no siempre sé dónde estás. Hay una algarabía, una multitud, que no quiere dejar que seamos nosotros mismos; no quiere dejarnos ser a secas. Cuando lo que surge no es el amor sino el miedo, ese corazón está muerto o enfermo. Y buscará llevarse a otros hacia su agujero negro. Es ascesis escapar cada día de su trampa, y contemplar a cada “yo soy”. Sonríe, sonreímos; converso, conversamos: el espejo vuelve a cada momento a estar entero.

El ruido del terremoto, el estrépito del viento, le marcó a Elías dónde Yavé no estaba.

La *Odisea*, con su sabiduría irónica y plástica, pone de manifiesto en el episodio de las Sirenas, nuestro corazón dividido entre las voces. Tal lo cuenta su protagonista:

*...la nave llegó muy presto a la isla de las Sirenas, pues la empujaba viento favorable. Desde aquel instante echóse el viento, reinó sosegada calma y algún numen adormeció las olas. ... Tomé al instante un gran pan de cera y lo partí con el agudo bronce... Pronto se calentó la cera... y fui tapando con ella los oídos de todos los compañeros. Atáronme ellos a la nave, de pies y manos derecho arrimado a la parte inferior del mástil; ligaron las cuerdas al mismo; y, sentándose en los bancos, tornaron a herir con los remos el espumoso mar. ... No se les encubrió a las Sirenas que la ligera embarcación navegaba a poca distancia, y empezaron un sonoro canto: -“¡Ea, célebre Odiseo, gloria insigne de los aqueos! Acércate y detén la nave, para que oigas nuestra voz. Nadie ha pasado en su oscuro bajel sin que oyera la suave voz que fluye de nuestra boca sino que se van todos después de recrearse con ella y de aprender mucho” ... Esto dijeron con su hermosa voz. Sintióse mi corazón con ganas de oírlas, y moví las cejas, mandando a los compañeros que me desatase, pero todos se inclinaron y se pusieron a remar. Y ... me ataron con nuevos lazos, que me sujetaban más reciamente. Cuando dejamos atrás las Sirenas y ni su voz ni su canto se oían ya, quitáronse mis fieles compañeros la cera con que había tapado sus oídos y me soltaron las ligaduras*¹⁴. Quizá convenga aclarar que la prisión de Odiseo fue voluntaria. Conocía la belleza de este canto y sabía también de los huesos que regaban la isla de las cantantes.

¹³ Ct 1,3 citado en: Teresa de Lisieux, *Obras completas*, Archivo Silveriano, Burgos, 1969, pag. 344.

¹⁴ Homero, *La Odisea*. Bs. As, Editorial Losada, 2001, p. 177-178.

Y como una segunda cuerda responde Antonio Machado después de siglos

*...a distinguir me paro las voces de los ecos
y escucho solamente, entre las voces, una*¹⁵.

Un oído atento para librarnos del protagonismo, de la inclinación a convertirnos en trono de sabiduría que trata de entenderlo todo. *No juzguéis antes de tiempo dejad que venga el Señor*¹⁶. El infinito misterio del corazón humano no es abarcable por nosotros.

Comunión con el otro que no es identificación sino encuentro. No podemos decidir por él. El Señor respeta nuestra libertad hasta el punto de que su obra redentora pueda verse frustrada en nosotros. No apoyarnos en nuestro servicio. La sed de aprobación no se saciará sino en la certeza de que somos sus hijos muy queridos¹⁷.

*El servidor puesto al frente de su servidumbre que les reparte la ración a su tiempo*¹⁸. *Abre la boca y yo la saciaré*¹⁹. Cada jornada abrir el corazón en la Eucaristía para que el Señor lo colme de lo que Él quiere que repartamos. *Jesús no quiere darme nunca provisiones. Me alimenta instante por instante con un manjar recién hecho. Creo que es Jesús quien obra en mí, dándome a entender en cada momento lo que quiere que yo haga*²⁰. Y colocar nuestra ofrenda: buena voluntad y cansancio, fracasos y errores, nuestra impotencia y nuestros gozos, en el torrente sanguíneo de Cristo para transformarnos en *bebida de salvación*²¹ para el sediento. Los seis días de la Creación culminaron con el descanso del Señor. La Creación entera es sanada en la Eucaristía del domingo por la muerte y resurrección de Cristo. *Estas aguas fluyen hacia Levante, bajarán hasta la estepa, desembocarán en el mar de las aguas pútridas y lo sanearán. Todos los seres vivos que bullan, allí donde desemboque la corriente tendrán vida, y habrá peces en abundancia*²².

¹⁵ Antonio Machado, *Poesía. Retrato en Campos de Castilla*. Madrid, Alianza Editorial, 1996.

¹⁶ 1 Col 4,5.

¹⁷ Cf. Rm 8,16.

¹⁸ Cf. Mt. 24,45.

¹⁹ Sal 80,11.

²⁰ Teresa de Lisieux, op. cit. pag. 218.

²¹ Ordinario de la Misa. Presentación de las Ofrendas.

²² Ez 47,8-9.

*Que cada uno con el don que ha recibido se ponga al servicio de los otros de acuerdo a la multiforme gracia de Dios*²³. La ocasión propicia, el momento adecuado, tienen la simplicidad de ese mandato. También hoy en la Argentina donde cada movimiento tiene la dificultad del palo en la rueda. Donde después de tomar carrera para dar el salto nos encontramos con el muro. Donde los pobres han sido abandonados; donde la incertidumbre angustia a los padres y frustra a los jóvenes; donde la propia vocación parece no tener cauce. Es también este dolor un signo de Dios que nos interroga casi brutalmente: *¿Qué has hecho?*²⁴ Quizá no tanto por haber perdido la realidad física del país, como por haber perdido su alma, lo que era su principio vital y la sustentaba. Hoy la vocación, la voz de Dios nos llama a volver a dar vida a cada vaso capilar del cuerpo muerto, a dar cauce nuevamente a la savia vital. *El Señor me abrió el oído; yo no me resistí ni me volví atrás. Ofrecí la espalda a los que me apaleaban... no me tapé el rostro ante ultrajes y salivazos*²⁵. Sirve lo útil y lo que en apariencia no lo es. ¿Qué más da si la labor es acción o es paciencia? ¿Si es adecuarse a Jesús en su vida pública o en su inmovilidad crucificada o en los años oscuros de Nazaret? El bautismo nos capacita a ser sacerdotes y ofrendas.

*...de todas vuestras inmundicias e idolatrías os he de purificar. Y os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo*²⁶. El corazón traspasado del país nos deja ver su interior y el nuestro. No temamos descubrir lo que allí hay.

Para participar del impulso amoroso de Dios que todo lo hace con tiempo y medida, deben alternarse en nuestra vida la permanencia y la ausencia, la palabra y el silencio, guiados por el ritmo con que late el corazón divino. El lenguaje de Dios, como el nuestro, está hecho de silencios y palabras; su obra está tejida con llenos y espacios, su actividad tiene movimiento y reposo. La puntualidad requerida para el servicio no es la causa de su oportunidad sino una consecuencia. Procede del corazón atento. ¿Cómo entrar y adecuarnos al itinerario del amor de Dios?

*Cuando un sosegado silencio todo lo envolvía y la noche se encontraba en la mitad de su carrera, tu Palabra omnipotente, Señor, descendió desde el trono real*²⁷. Las palabras que pronunció tu Palabra ha-

²³ 1Pe 4,10.

²⁴ Gen 4,10.

²⁵ Is 50,5-6.

²⁶ Ez 36,25-26.

²⁷ Antífona de la Liturgia de las Horas; Tiempo de Navidad.

cen vibrar el aire con el ritmo de tu Vida. Son la cadencia, el caudal, el cauce, el tiempo, la dirección, el pulso de tu Ser. Escucharlas permite hacernos presente, unos a otros, la obra amorosa de tu Providencia entre nosotros: “...ése es el que escucha la palabra, la acoge y da fruto...”²⁸. Da fruto quien adecua su corazón al latido de Dios.

Santa María escuchó materialmente ese sonido cuando lo tenía a Jesús en su vientre. Y ya nacido, conoció su idiosincracia como una madre puede leer en la cara y en los gestos de su hijo. Su modalidad decidida, tal como la reflejan los evangelios, no se contrapuso, todo lo contrario, fue consecuencia de su capacidad de reflexión. Escuchó y guardó en el corazón. También lo no entendido: *Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?*²⁹

En un breve comentario, Raymond Brown analiza qué tipo de escucha fue la de María. A propósito de los versículos, repetidos por Lucas: *María guardaba todas estas cosas en su corazón*³⁰, se detiene en la primer cita que es más completa: *María guardaba todas estas cosas sopesándolas* (symballousa) *en su corazón*. Y dice: *El significado exacto de symballein, traducido generalmente por “sopesar” no es de fácil determinación. Como compuesto de syn “con” y ballein “arrojar”, literalmente podría significar que María combinaba las distintas cosas que había oído, visto y retenido.*

Y más adelante continúa: *Cuando Lucas combina la idea de guardar las palabras en el corazón con symballein, puede indicar que María conservó en su corazón las misteriosas palabras y acontecimientos que rodearon el nacimiento de Jesús (o su hallazgo en el templo), esforzándose por interpretarlas. Significaría esto que María no captó de inmediato todo lo oído, pero escuchaba de grado, dejando que los acontecimientos calaran en su memoria, e intentando extraer de ellos un significado*³¹.

La vocación es llamado a aguzar el oído, a estar atentos a tus signos. A ponernos en tus manos. También con los medios y los resultados. Y así con María, *manos en hueco, patena de ternura*³², se conviertan en respuesta a lo que oímos.

²⁸ Lc 8,15.

²⁹ Lc 2,48.

³⁰ Lc 2,19 y Lc 2,51b.

³¹ R. E. Brown - K. P. Donfried - J. A. Fitzmyer - J. Reumann, *María en el Nuevo Testamento*. Salamanca, Ediciones Sígueme, 1994, p. 148-150.

³² Himno de Laudes de la fiesta de Santa María de Guadalupe.